

LA NAVIDAD MURCIANA EN LOS CONVENTOS DE CLAUSURA

Noche Buena, Inocentes, Año Nuevo y Reyes, fechas principales

EL ciclo festivo de la Navidad, cuyo estudio integral viene siendo motivo de atención para los etnólogos gracias a las aportaciones parciales de investigadores y cronistas, cuenta con un apartado importantes en el que no se ha indagado suficientemente, al menos en nuestra región. Se trata de la NAVIDAD CONVENTUAL, esa otra Navidad tras el torno y la reja monacal, rica en tradiciones y costumbres, muchas de ellas de origen renacentista y barroco, que han pervivido hasta nuestros días.

LA POSADA, EN NOCHE BUENA

Mientras la práctica totalidad de las familias se disponen a celebrar la cena de la Noche Buena, en los conventos Carmelitas de Caravaca de la Cruz y Murcia (este último a los pies de la Fuensanta), tras el rezo de «vísperas» las monjas llevan a cabo la procesión claustral de «*La Posada*», en la que participan todas las religiosas con velas encendidas y capas blancas, presididas por la Priora y Subpriora quienes portan pequeñas imágenes de S. José y la Virgen. Ante la celda que habita cada hermana se detiene el cortejo preguntando la priora a su morada si acepta en aquel habitáculo, y en su corazón, la presencia de aquella Sda. Familia. Tras la aceptación de la inquilina, quien aguarda arrodillada en la puerta, y la toma de posesión simbólica de aquel austero habitáculo, la procesión continúa hasta el «refectorio» donde tiene lugar la cena antes de asistir a la Misa de Gallo. La tradición data del S. XVI y fue instituida por Sta. Teresa de Ávila en sus conventos reformados de la Orden del Carmen.

Las religiosas Agustinas del Corpus Cristi, en la plaza murciana de su nombre, tienen

la costumbre de hacerse acompañar de una imagen del Niño Dios en su celda, un día cada una desde el 25 de diciembre, de tal manera que, tras la misa conventual cotidiana y la adoración de los fieles del Divino Infante, el sacerdote entrega por el comulgatorio la imagen del Niño a una de ellas, comenzando por la Priora hasta la última novicia. Desde aquel momento hasta la misa del día siguiente, la imagen permanece en la celda de esa monja, quien la adorna y prepara para el evento, constituyendo ese lugar el centro y sitio de obligada visita de sus compañeras a lo largo de toda la jornada.

INOCENTES, LA FIESTA GRANDE

El 28 de diciembre es el gran día de los conventos de clausura. Sin abandonar las obligaciones oracionales de rigor, la jornada es diferente a todas las demás del año natural y esperada por las monjas con especial interés, aprovechando la chanza ocasional en la inversión y trueque de jerarquías y cargos. Así pues, en las Clarisas de Mula la última postulante se convierte en Abadesa por 24 horas. Las monjas mayores se visten de novicias y éstas de venerables maestras. Abundan las bromas y reina el jolgorio, sobre todo allí donde el noviciado es nutrido y la juventud alegra el cotarro.

SACAR AL NIÑO «DE MANTILLA» EN AÑO NUEVO

En el monasterio de Sta. Clara de Murcia, cada primero de año «sacan al Niño de Mantilla» (una antigua imagen que nadie duda en aquella casa trajo un lejano día S. José en un particular suceso que otro día comentaré). Se trata de una original procesión que parte del

coro alto de la iglesia, en que la imagen del Niño, a quien cariñosamente llaman «Manolito», es portada por la Madre Vicaria (segunda de abordo de la casa tras la Abadesa), revestida con paño humeral blanco. El cortejo recorre las distintas «oficinas»: cocina, enfermería, talleres de trabajo... En cada una de ellas se ha dispuesto previamente un pequeño altar por la encargada y allí se deposita la imagen y se detiene la comitiva cantándose coplas populares en las que se pide al Niño Dios, en estrofas rítmicas relacionadas con la actividad de los troveros huertanos, no deje de su mano las necesidades de aquella estancia.

En el convento de Verónicas, de Algezares, la procesión se detiene también en el Discretorio, Sala Capitular, talleres de encuadernación, algibe, parras del huerto, coche para repartir el trabajo y teléfono. Sor Concepción Navarro (de Sta. Cruz), prepara cada año, y para cada lugar composiciones que el primer día de 1991 fueron, entre otras:

*Yo te pido Niño Hermoso
en este día de Año Nuevo,
una especial bendición
para todo el Mundo Entero.*

*Bendice este Refectorio
Jesucristo de Belén,
para que no falte el pan
ni las ganas de comer.*

*Bendice nuestra cocina
también a la cocinera,
que nos guise bien el pavo
te lo pedimos de veras.*

*A este nuestro lavadero
dadle vuestra bendición,
que nos laven bien la ropa
y gasten poco jabón...*

De la «Procesión del Niño», celebrada como digo en la mañana del primer día del año, existen variantes según los conventos. Las Benedictinas de la Fuensanta (aunque con sólo 12 años de estancia en Murcia) recuerdan en Alba de Tormes de donde proceden, que la Priora, encargada de portar la pequeña imagen, tras acudir a las «oficinas», lo hacía a las celdas de las hermanas y, después de darles a adorar el Niño les entregaba confituras de pascua. Era «Dulces que traía el Niño Dios».

Las Clarisas de Mula celebran una procesión similar, pero es la «sacristana» la encargada de portar al Niño, llevándolo de celda en celda al amanecer de ese día, despertando así a las compañeras, quienes tras la adoración reciben una vela con la que se incorporan al cortejo que se dirige al coro donde todas entonan el canto del «Te Deum».

Las Carmelitas de Caravaca hacen idéntica procesión a media mañana con la imagen de S. José en lugar del Niño Jesús, que porta la Priora. El Santo Patriarca lleva colgado del brazo derecho un taleguillo que contenía hasta su pérdida en la Guerra Civil dos doblones de oro que envió la propia fundadora en el S. XVI para este fin. Hoy, el taleguillo va vacío, y en cada «oficina» se ruega al Padre de Jesús acuda en las necesidades de ese año.

NOCHE DE REYES TAMBIÉN EN CLAUSURA

Las Anas, de Murcia, aguardan la llegada de los «Reyes» en el claustro conventual. Tres novicias se visten de magos y entregan a las monjas, en el «refectorio», golosinas fabricadas por ellas mismas. A la hora del descanso, cada religiosa encuentra sobre su cama «los reyes» que la Abadesa se ha encargado de adquirir a cada cual, según la carta que a Sus Magestades escribieran días atrás cada una: objetos de aseo personal tales como jabón, pasta o cepillo de

dientes... También «escriben a los Reyes» las Clarisas de la capital, quienes reciben sus obsequios el seis de enero por la tarde, en el refectorio, de manos de la Abadesa.

Podríamos decir que las «Pascuas Conventuales murcianas» concluyen en las Carmelitas Descalzas del Monte, donde al atardecer del día de Reyes las monjas se reúnen en torno a una imagen del Niño Jesús que la Priora sostiene en sus rodillas. Desde las más jóvenes a la más impedida anciana todas cantan y bailan ante el pequeño-gran Dios. Las

diversas regiones españolas de donde proceden las monjas ponen a sus pies el folclore de la tierra. Y así, entre malagueñas y sevillanas; jotas y muñeiras, sardanas, boleros y pardicas se despide la Navidad en la clausura donde pronto el silencio reinará de nuevo y el «ora et labora» monacal se adueñará del espacio conventual.

José Antonio Melgares Guerrero
Miembro C. de la Real Academia
Alfonso X el Sabio

